

PRESENTACIÓN

En el otoño de 1986 se conmemora el mil seiscientos aniversario de la conversión a la fe católica de uno de los hombres que mayor influencia han tenido en el pensamiento teológico de las generaciones siguientes del Occidente. Es, sin duda, la producción literaria de Aurelio Agustín de Tagaste, y la impronta sellada en sus múltiples discípulos las que le han merecido con toda justicia los títulos de Maestro y Padre de la Iglesia. En efecto, «el conocimiento exacto y afectuoso de su vida suscita la sed de Dios, la fascinación de Cristo, el amor a la sabiduría y a la verdad, la necesidad de la gracia, de la oración, de la virtud, de la caridad fraterna y la aspiración hacia la felicidad eterna»¹.

A decir verdad, la transformación operada en los meses precedentes a esa fecha viene adornada con trazos que manifiestan las luces de la mente y del corazón de Agustín, a la vez que configuran el trayecto final hasta la unión con Dios. Quizá sea la adhesión a Dios la característica más señera de la conversión del Hiponense. Nada tendría de extraño, puesto que es señal inequívoca de toda conversión cristiana, si no estuviera basada en una inteligencia y voluntad humanas poco corrientes, y si las mencionadas facultades del retor africano no estuvieran unidas igualmente —no en vano es considerado como el último escritor de la antigüedad clásica, por algunos pensadores modernos— a un comportamiento caracterizado con toda clase de circunstancias azorosas. Todo ello hace que la conversión del de Tagaste no sea tan sólo un cambio de mentalidad, sino también la entera transformación de una de las personalidades más señeras de la humanidad. Sin olvidar los elementos sobrenaturales que la conversión cristiana implica, podría decirse que la de san Agustín es la que mejor manifiesta el poder del hombre, cuando éste se decide a surcar los caminos divinos.

Las tres colaboraciones que se ofrecen señalan precisamente algunas de esas perspectivas de la conversión cristiana conforme a la producción literaria de San Agustín y a la herencia que nos ha

1. JUAN PABLO II, *Discurso al Capitolo General dell'Ordine di S. Agostino* (25-VIII-1983), en *Insegnamenti*, VI/2 (1983), p. 305.

legado. Forman parte igualmente de los trabajos que se presentaron en los actos académicos realizados en las Facultades de Teología y Filosofía de la Universidad de Navarra, durante los días 24 al 28 del pasado mes de abril, al objeto de celebrar el XVI Centenario de la conversión al cristianismo del más grande hijo de la Iglesia en Africa².

En la primera de las investigaciones aquí presentadas el aspecto de la conversión es considerado en sí mismo y relacionado con la persona de Aurelio Agustín, y pone de manifiesto el papel destacado que juegan la inteligencia y la voluntad, junto a la vivencia de algunos detalles humanos y sobrenaturales que llevaron al pensador africano a abrazar la fe católica. En el segundo trabajo se estudia la conversión como criterio hermenéutico del entero corpus agustiniano: toda la obra literaria del Padre de la Iglesia ha de ser interpretada con la «falsilla» de su conversión al cristianismo; y no únicamente las Confesiones, sino también el resto de sus escritos. La conversión —dirá el Prof. Basevi— establece una relación entre Dios y el hombre que decide convertirse por la que éste se va transformando, personalmente y en todo su quehacer, hasta volver transparente la imagen de Aquel. Finalmente, la tercera colaboración ofrece algunas líneas de la conversión agustiniana en relación con nuestros días. Hoy, en efecto, se busca la felicidad por múltiples caminos. Al igual que sucediera al joven Agustín, los esfuerzos del hombre actual traen nuevos desasosiegos, y parecen enunciar nuevamente el inquietum est cor nostrum del de Tagaste. Pensamos que volver la mirada hacia las diversas interpretaciones, que durante los cuatro últimos siglos se han hecho del Hiponense, puede ser buen punto de partida para que los hombres de hoy alcancen el verdadero descanso de Agustín: donec requiescat in Te. Sin duda, el pensamiento del santo africano puede enfrentarse con el cometido de reconducir a metas más altas los afanes e inquietudes de nuestros contemporáneos.

Con este Cuaderno, Scripta Theologica desea sumarse al conjunto de acontecimientos académicos que, con ocasión de este «año agustiniano», rinden homenaje a aquel «hombre incomparable, de quien todos en la Iglesia y en Occidente nos sentimos de alguna manera discípulos e hijos»³.

Pamplona, 3 de octubre de 1986.

Marcelo MERINO

2. Los trabajos presentados con dicha ocasión serán ofrecidos en una próxima publicación de nuestra Colección Teológica.

3. JUAN PABLO II, Carta Apostólica «Augustinum Hiponensem» (28.VIII.1986), nº V.